

Pensamiento y semiosis: relaciones en la transformación de los discursos

Carlos Federico González Pérez
Universidad Nacional de Jujuy-CONICET
carlosfgonzalezp@yahoo.com.ar

1. Pensamiento y semiosis

Es conocido que para Peirce sólo es posible pensar en signos, y al respecto sostiene: “todo lo que se nos hace presente es una manifestación fenomenológica de nosotros mismos. Esto no impide que sea un fenómeno de algo sin nosotros, tal como un arcoíris es una manifestación del sol y de la lluvia. Cuando pensamos, entonces, nosotros mismos, como somos en ese momento, aparecemos como un signo” (CP 5.283)¹. Estas y otras afirmaciones son las que lo llevaron a considerar al hombre como un signo. Pero lo que aquí es principal es que el pensamiento (que a su vez es un signo) puede materializarse en otros signos y ser interpretado por alguien, en su propio pensamiento (diferente de aquel pensamiento que generó el mensaje en una instancia previa), produciendo otros signos². En su definición de pragmatismo Peirce (2008: 42) propone que cuando una persona razona está tratando de persuadirse a sí mismo, a su “yo crítico”, y que “todo pensamiento cualquiera es un signo, y es principalmente de la naturaleza del lenguaje”.

La semiosis, para Peirce, es “una acción o influencia, que es, o involucra, una cooperación de tres temas, tales como un signo, su objeto y su interpretante, esta influencia tri-relativa no puede ser resuelta en acciones entre pares” (CP 5.484). Es decir que por semiosis Peirce no entiende otra cosa que el concepto de signo, en la relación de tres entidades que no pueden ser separadas. Esta producción sígnica, realizada por los seres humanos, implican las posibilidades de acción y relación con el entorno (ELIZONDO MARTÍNEZ, 2003). Pero si la semiosis implica un interpretante, está relacionada entonces con un pensamiento. Por lo tanto la relación pensamiento-semiosis es inseparable. Entre otros aspectos que hacen a la crítica del pensamiento positivista, Peirce propone que no se puede captar la esencia de la realidad de un modo empírico, sino que “todo pensamiento humano es *en y desde* la semiosis” (MANCUSO, 2010: 44), y de esta manera Peirce propone a la realidad como una construcción realizada desde ese proceso semiótico.

Finalmente, es posible sostener que la única manera de plasmar un cambio, una modificación, una transformación del pensamiento es a través de alguna producción sígnica (ya sea de características predominantemente icónicas, indiciales o simbólicas), y que a partir de esas semiosis es posible inferir el pensamiento que las ha creado. La relación pensamiento-semiosis es íntima, estrecha y poderosa.

Pero no quedaría completa la perspectiva peirceana sin un tercero. En ese sentido, es Magariños (2008: 405) quien propone la categoría de mundo para integrar, junto con el pensamiento y la semiosis, los tres elementos mínimos que intervienen en la identificación ontológica del sujeto. La división triádica desde la que se plantea esta relación (pensamiento-semiosis-mundo) es peirceana: el pensamiento está en relación con el valor; la semiosis con la forma; y el mundo con el fundamento u objeto peirceanos, con la existencia.

El mundo hace referencia al objeto peirceano, más al objeto dinámico (por fuera de la semiosis, o en vinculación a lo que Peirce llama objeto real del signo) que al objeto inmediato (vinculado directamente en la semiosis y en referencia a la intención del usuario) (PEIRCE, 2008). La conceptualización del mundo puede conducir a la reflexión sobre “lo real” y las posibilidades de confrontar la construcción representativa de un mundo y aquello que existe físicamente sin dependencia de un pensamiento que le da forma. Esta posibilidad quedaría fuera de la perspectiva de este escrito, y por lo tanto voy a estabilizar tal concepto desde la propuesta peirceana que permitiría la vinculación de, como ya dije, el mundo con el objeto dinámico. Pero otra distinción es necesaria, ya que Magariños, cuando se refiere al concepto de “mundo” está retomando un planteo de Varela y Maturana (2003), para quienes todo entorno sin identificación se convierte en mundo semiótico para un ser vivo en el momento en que es diferenciado y recibe una identificación específica por parte de un pensamiento materializado en una semiosis; semiosis que toma un aspecto de ese entorno con una intención (la de su identificación) y la consecuente transformación de ese entorno en mundo. Entonces, el mundo es construido desde un pensamiento, que se materializa en una semiosis que construye un “determinado mundo semiótico (percibible, identificable desde la semiosis actual)” (MAGARIÑOS, 2008: 422) en un momento histórico de la humanidad.

De esta manera las tres entidades demuestran como condición una relación y justifican la organización analítica propuesta por Magariños. Como toda articulación esquemática o propuesta diagramática, siempre es necesario un recorte, y en ese recorte se priorizan aspectos que quedan incluidos, y se dejan otros de lado. La selección a la que me refiero permite ordenar los diferentes aspectos (entidades) bajo una lógica peirceana que

habilita una lectura analítica de las posibilidades de transformación de los mundos semióticos.

La semiosis, entonces, como la materialización de algún pensamiento, permite hacer referencia al mundo, en una construcción y transformación ontológica: el sujeto identifica (da identidad diferencial) a aquello que lo rodea, nombrándolo. Este proceso implica considerar que el momento elegido para un análisis está sucediendo a uno previo, y dará lugar a futuras transformaciones, dado que nada se dice por primera vez en un mundo históricamente semiotizado. Esta afirmación pone en riesgo el objetivo que aquí propongo, dado que, si todo está anteriormente enunciado, ¿qué sentido tiene, entonces, identificar las transformaciones en los discursos? No importa cómo se haga referencia al mundo, ya se ha nombrado, se ha identificado y por lo tanto se le ha dado existencia ontológica. Pero la perspectiva que recupero obliga a pensar que no hay una situación esencial a las cosas, y por lo tanto no existe *una* verdad establecida en relación al mundo, sino que existen diferentes conjuntos de enunciados que establecen acuerdos conceptuales con una determinada vigencia, para determinada comunidad en un determinado momento histórico de esa comunidad; acuerdos que van transformándose con el pensamiento humano y por lo tanto en relación a la posibilidad de *ver en el mundo*, y en algún momento *ver un nuevo mundo*. Esos acuerdos no son inocentes, espontáneos ni simples, sino que surgen de procesos complejos, conflictivos y contradictorios en la puja por una hegemonía (en términos gramscianos—MANCUSO, 2010: 44).

Magariños (2008: 411-412; 428-429) revisa algunas situaciones que no están registradas en la historia del pensamiento de la humanidad, como por ejemplo, preguntarse: “Julio César, ¿tenía inconsciente?”. Otras preguntas que orientarían diferentes investigaciones pueden realizarse en un sentido similar. Tales como: ¿qué transformaciones del pensamiento en relación a los museos nos llevan, como seres humanos, a considerar nuevas fronteras, nuevas formas de aprehender el patrimonio y mostrar y conocer nuestro pasado? O bien: ¿bajo qué contextos surgen algunas formas nuevas de referencia a fenómenos vinculados a las tecnologías de la comunicación (campo de referencia principal en el terreno de la transformación discursiva en la actualidad) con la generación de una terminología específica: “*googlear*”, “*red social*”³, “*darle un like*”, “*postear*”, etc.? ¿Qué estructuras de pensamiento deben modificarse y son necesarias para poder identificar las falencias, los desvíos y los desusos de una política que, por ejemplo, no logra eliminar la pobreza? Los interrogantes sobre la transformación en los discursos pueden llevarse a cualquier campo (arqueológico, antropológico, educativo, arquitectónico, etc.).

En términos metodológicos, se trata de identificar bordes en las semiosis que construyen el mundo: los bordes₁ que permiten hacer referencia a

aquello que no se podía percibir, habilitando la posibilidad de construir algo novedoso (se crea un nuevo mundo, se logra identificar ontológicamente algo que antes no se podía distinguir) y los bordes₂, como aquellos que implican a las formas enunciativas que están perdiendo vigencia para hacer referencia al mundo. Se relacionan, en el proceso de transformación, y por lo tanto en el tiempo, los conceptos de “sucesor” (nuevas formas enunciativas generadas a partir de las vinculadas a los bordes₁) y el de “ancestro”⁴ (formas enunciativas que pierden su vigencia, vinculadas a los bordes₂). Es en este proceso en el que se entiende a la historia: “En definitiva, sólo digo algo tan viejo como que el objeto de conocimiento de la semiótica consiste en explicar la transformación histórica del significado, entendiéndose aquí historia como la emergencia del cambio” (*IBID.*, p. 407).

2. Sobre la transformación: el crecimiento de los signos

Para Peirce (*MS 278*, 34, n.d)⁵ todo es signo, y por lo tanto todo lo que nos rodea es producto de una enunciación anterior: nacemos en un mundo semiotizado, históricamente construido, en el que nos insertamos, en tanto seres humanos, con orientaciones específicas sobre cómo observarlo, sentirlo y enunciarlo, y por lo tanto, construirlo. Considerar a los discursos como una construcción histórica, con la constante posibilidad de su transformación, es contar la posibilidad de desentrañar esa construcción y poner en evidencia aspectos que de otra manera (es decir, sin la contribución de la semiótica) permanecerían en un plano relegado.

Algunos ejemplos son considerados por Short (2007) para ejemplificar la transformación de los símbolos (desde una perspectiva peirceana), entre ellos el del flogisto. La teoría del flogisto permitió, en un momento específico de una comunidad determinada, explicar, más o menos satisfactoriamente, por qué la materia podía entrar en combustión. Todo aquello que ardía, que se prendía fuego, que se derretía, que humeaba, lo hacía porque contenía entre sus componentes una determinada cantidad de flogisto. Esto permitía explicar un determinado modo de entender algunos procesos, la manera de comprender cómo se regía un pensamiento específico en un momento particular, y de cómo ese pensamiento, a través de la producción de semiosis específicas, daba respuesta a una serie de interrogaciones que tenían lugar en ese momento debido a esa manera de pensar y razonar. La historia de la propia disciplina (como un conjunto de semiosis que hacían referencia a una manera específica de construir un mundo, reflejando un pensamiento) permitió, más adelante, otras explicaciones sobre la combustión. De igual manera ha sucedido en la física, la medicina, y cualquier otra disciplina que podamos nombrar.

Estos ejemplos ponen en evidencia la transformación del pensamiento, de la semiosis, y por lo tanto de la forma de "ver" (comprender, interpretar, construir) el mundo. No existe un registro histórico de la transformación del pensamiento-semiosis-mundo del ser humano, y Magariños propone su desarrollo, planteándolo como una necesidad. Para él, la semiótica intenta explicar cuáles son los conceptos vigentes para identificar un fenómeno, es decir su *significado*; como así también intenta explicar la eficacia (vigencia) de un enunciado en cuanto a la posibilidad de atribuir existencia ontológica a determinado fenómeno, es decir su *significación*. El propósito de la propuesta de Magariños (*OP. CIT.*, p. 413):

consiste en alcanzar este objetivo teniendo en cuenta el carácter histórico inherente a todo enunciado, así como inherente también al fenómeno construido desde tal enunciado, identificando las operaciones metodológicas necesarias para explicar el proceso de cambio involucrado. En esto consistiría la historia de la facultad semiótica, lamentablemente todavía no escrita, que habrá de proporcionarnos el registro progresivo de las transformaciones de las semiosis mediante las cuales la humanidad concretó su identidad al configurar su *mundo*, entendiendo por tal la transformación del *entorno* en función de sus capacidades cognitivas específicas.

El objetivo de una propuesta como la planteada debe apuntar a explicar la transformación de las significaciones asignadas al mundo semiótico a través de los discursos, en la búsqueda de entender su pasado (cómo se produjo una significación vigente a partir de sus discursos ancestros) y las posibilidades de construcción a futuro (qué significaciones pueden adquirir vigencia, generando una ruptura en la manera de percibir el entorno y transformarlo en mundo, a partir de la identificación de posibles discursos sucesores).

Dos cuestiones, estrictamente peircenas, pueden ser entonces consideradas: la producción de interpretantes y el crecimiento de los signos.

Como Peirce (2008: 84) dejó establecido, el signo (el representamen) es una instancia mediadora entre el fundamento (la parte que el signo toma del objeto, y que a la vez lo determina) y el interpretante (el signo que se genera en la mente del intérprete, determinado por aquel). La relación es la de antecedente-consecuente. Sin la intención de producir una tendencialidad positivista (causa-efecto), y explicitando la relación lógica que se produce entre esas entidades⁶ es posible entender que en la relación temporal que un signo ofrece (entre la producción del fundamento al desarrollo de un interpretante) transcurre tiempo. Si la primera regla del pragmatismo es la idea de que el juicio perceptual es el punto inicial de todo pensamiento crítico y controlado, considero que, para una propuesta de desarrollo del estudio de la construcción semiótico-histórica del mundo,

no puede dejarse de lado la producción de interpretantes, con la importancia que esta entidad reviste en la propuesta peirceana.

Para Short (2007: 285-286) el crecimiento de los signos en clave peirceana puede estudiarse a partir de sus diferentes dimensiones: en origen, en su representación (*body*), en su esparcimiento (*spreading*) y en significación (*meaning*) (el desarrollo peirceano completo se encuentra planteado en *EP* 2:59-60⁷). El uso y la experiencia establecen la capacidad (y el potencial) de crecimiento que posee la significación de un símbolo. Como esta perspectiva se preocupa por la consideración del cambio, de los procesos y de la historia, permite enriquecer el estudio de los discursos, donde quiera que éstos se producen: en un ámbito organizacional específico, en los medios de comunicación y en relación a propósitos determinados (como el de la difusión institucional, política y/o publicitaria), en ámbitos de la ciudad y la ocupación del espacio público, etc.

3. Sobre los discursos

Aquí se planteó el concepto de semiosis como la acción que involucra la cooperación de las tres entidades del signo (*CP* 5.484), como aquello que permite la acción y relación en el entorno (ELIZONDO MARTÍNEZ, 2003), y como aquello en y desde lo que se da el pensamiento (MANCUSO, 2010). Pero considero que es necesario realizar un ajuste del concepto para lograr un aspecto más operativo. Por operativo me refiero a una dimensión que permita la posibilidad de reducir esa semiosis (que resulta inmensa, indiferenciada, general) a algo concreto (específico, diferenciado) para instrumentar algún análisis. Para ello propongo volver sobre el concepto de discurso. Desde una perspectiva amplia, entonces, un discurso será un fragmento específico de la semiosis, de características predominantemente icónicas, indiciales o simbólicas, o por combinatoria de todas o algunas de ellas. Y esto obliga a realizar un detenimiento en su conceptualización, debido a que el concepto de discurso ha sido trabajado y abordado desde corrientes de diferente procedencia, propósito y base epistemológica.

El estructuralismo norteamericano no desarrolló ningún programa de investigación en discursos (con la única excepción de Zellig Harris, según Houdé [*et al.*], 2003). Diferente fue el caso de los estructuralistas europeos quienes trabajaron en índices formales de enunciación, marcas de subjetividad para indicar la posición del hablante y realizar estudios contrastivos entre los textos vinculados a la historia (relato) y el discurso.

En la actualidad el contexto teórico vinculado al análisis del discurso es diferente al del estructuralismo, y se aproxima a la semántica y a la pragmática. Según Houdé [*et al.*] (2003), dos líneas principales se pueden identificar: aquellas que trabajan con las marcas de cohesión en el discurso

y otras que apuntan a identificar la organización global que los discursos actualizan. En esta perspectiva se destacan los estudios de van Dijk (2006: 246), quien no considera discurso a otra práctica que no se desarrolle fuera de lo verbal, y esta es otra distinción que propongo establecer en esta propuesta.

Los trabajos que abordan la relación entre referentes en el discurso a partir de marcas como las anáforas, son particularmente considerados por los informáticos, quienes intentan avanzar sobre sistemas de representación que permitan formalizar la concatenación en el tiempo (y su correspondiente evolución) de esas entidades y sucesos referidos en el discurso. Para esta perspectiva la historia (el transcurso del tiempo como factor inescindible de la transformación) es considerada (HOUDÉ [*et al.*], 2003).

Otra línea que estudia la tipología de textos (narrativos, argumentativos, descriptivos, etc.) permite dar continuidad a los análisis estructuralistas del relato (o historia). Esas superestructuras surgen de la reagrupación de enunciados bajo criterios semánticos y funcionales en “secuencias de textos que corresponden a los casos preestablecidos de determinado esquema de texto” (*IBID.*, p. 141). Esta línea ha dado lugar al desarrollo de sistemas informáticos de análisis cualitativos, que permiten procesar corpus de textos para desarrollar esquemas válidos.

Desde un lugar diferente, la perspectiva a través de la que Foucault aborda el concepto de enunciado debe ser particularmente considerada, en tanto que para él, es el discurso el que construye el significado de aquello a lo que se refiere. El mantenimiento o la diferenciación (incluso la contradicción) de las reglas que intervienen en su producción es fundamental para identificar a cada una de las *formaciones discursivas* vigentes en un determinado momento histórico de determinada comunidad y atribuir, a cada una de ellas, su respectiva eficacia en la disputa por la aceptación hegemónica de su propuesta de atribución de significación al entorno (MAGARIÑOS, 2008: 172).

Foucault (2004: 62) concibe a las formaciones discursivas de la siguiente manera:

En el caso de que se pudiera describir, entre cierto número de enunciados, semejante sistema de dispersión, en el caso de que entre los objetos, los tipos de enunciación, los conceptos, las elecciones temáticas, se pudiera definir una regularidad (un orden, correlaciones, posiciones en funcionamientos, transformaciones), se dirá, por convención, que se trata de una formación discursiva.

El pensamiento de Foucault ha sido muy fructífero. Su vasta producción permite llegar a considerar, entre otras cosas, dos máximas que impregnan a la semiótica: “no hay semántica sin sintaxis”, y “toda semántica es

diferencial” (MAGARIÑOS, *op. cit.*, p. 173). Por un lado interesa la materialización del discurso, ya que es en ella donde se construye el significado. Esa materialización estará caracterizada por un conjunto de reglas (sintaxis) que permitirán producir un significado y no otro: no hay semántica sin sintaxis. La base material es uno de los principios de la semiótica en general. En un segundo aspecto para poder establecer el valor de una semántica se debe establecer su identidad, y por lo tanto su diferenciación de las otras semánticas construidas desde otros discursos; y esto tiene que ver con la segunda máxima planteada: toda semántica es diferencial. Foucault no se preocupó por las generalizaciones, o por las relaciones comunes que se establecen entre los conceptos, sino por la búsqueda e identificación de la dispersión. Y es esta perspectiva en particular en la que nos orientamos: no interesan las síntesis, sino las desviaciones, las aperturas, las contradicciones, los límites que se establecen a partir de un conjunto de enunciados y que permiten la generación de diferentes significaciones.

Con estos análisis no se está buscando establecer la verdad de las significaciones sociales, sino que se intenta explicar la vigencia de esas significaciones en un momento determinado de una sociedad específica, partiendo del supuesto base de la pluralidad discursiva de las sociedades. Nos preocuparemos entonces por identificar las formaciones discursivas vigentes, a partir de esos discursos en relación a los conceptos que se identifiquen en ellos.

La perspectiva amplia de los discursos implica considerarlos, a diferencia de cómo lo propone Van Dijk, no sólo constituidos por la palabra (escrita u oral), sino que además puede tratarse de imágenes, comportamientos, objetos, etc. que se abordan analíticamente, intentando explicar cómo y por qué producen un significado. Es decir, y retomo a Magariños (2008: 47): “un discurso es un texto con semántica”. Lo que interesa en este sentido es cómo es generado, producido, o propuesto un significado (o una significación) en relación a un fenómeno. Cuando se intenta explicar por qué se produce esa significación, se debe avanzar sobre el análisis textual: las relaciones sintácticas que implican unas posibilidades (y, por lo tanto, excluyen otras) a partir de las que se vinculan los signos (al interior de un mismo sistema, pero también en relación a sistemas de signos diferentes – cada cual con su propio “valor”) para que esa significación se encuentre con un grupo de conceptos o significados. Entonces, “un texto es un discurso sin semántica” (MAGARIÑOS, *op. cit.*, p. 53). La textualidad remite a la existencia de esos discursos, a la forma como han sido materializados, y por lo tanto lo que permite generar la posibilidad de ingresar al análisis (aspecto que llevó a Lacan -2007- a invertir la relación establecida por Saussure originalmente, y proponer al significante sobre el significado, ya que el aspecto materializado o textual del signo, el

significante, es el que facilita ingresar al análisis). Esta perspectiva permite que el semiótico se ubique de manera operativa y analítica frente a cualquier discurso: icónico, indicial o simbólico.

4. Hacia una consideración de la transformación de los discursos

Lo que aquí he presentado es una propuesta de abordaje de la transformación de los discursos en un sentido amplio. Una breve recapitulación nos permitirá avanzar sobre una conclusión, que esboza una posible metodología.

Sostengo, entonces, que es posible identificar ciertos discursos concretos, como parte de la semiosis en la que todos los seres humanos nos encontramos insertos, pero que tienen cierta especificidad de acuerdo a, por ejemplo, los intereses de una investigación. Entonces podemos plantear el abordaje de un discurso político, de un discurso organizacional (como el museográfico, que puede ser considerado a partir de una experiencia concreta, GONZÁLEZ PÉREZ, 2014a y 2014b), del discurso cultural, de un discurso disciplinar (como el caso de la química, o el caso de la misma semiótica si se consideran sus aplicaciones y limitaciones), entre otros discursos que componen el amplio espectro de la semiosis social. Esos discursos deberán ser considerados como vigentes en un momento histórico determinado, pero sucesores de algunos discursos ancestros, y productores de nuevas maneras posibles de identificar el mundo, a partir de discursos sucesores.

De esta manera se debe atender al origen de un discurso, la manera de ser representado/materializado (sus características formales), su circulación y esparcimiento (*spreading*) y, finalmente la significación (*meaning*) o el conjunto de significaciones diversas y contradictorias que se despliegan a partir de las posibilidades interpretativas de esos discursos.

El recorrido conceptual desplegado en este escrito, permite entonces dejar orientada una perspectiva específica que se propone como aplicable a problemáticas que se produzcan en relación a la transformación en los discursos sobre diferentes fenómenos, cuya explicación en términos de significación resulte interesante.

Referencias bibliográficas

- ELIZONDO MARTÍNEZ, J. (2003). *Signo en acción: el origen común de la semiótica y el pragmatismo*. México, DF, Universidad Iberoamericana; Fundación Información y Democracia.
- FOUCAULT, M. (2004). *La arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- GONZÁLEZ PÉREZ, C. F. (2014a). “Un abordaje semiótico de la señalización organizacional de un museo argentino: hacia la recuperación de los sistemas interpretativos de las imágenes materiales visuales conceptuales”, en *Lexia*, n° 17-18 (noviembre, 2014), pp. 693-723.
- (2014b). “Some Peircean Approaches to Organizational Communication. Formal and Informal Relations in a Museum”, en *Ocula. Occhio Semiotico sui media-Commemorating Charles S. Peirce (1839-1914): Interpretive Semiotics and Mass Media*, n° 15 (noviembre, 2014), pp. 1-16. Disponible en: [http://www.ocula.it/files/OCULA-15-PEIRCE-Perez_\[296,720Kb\].pdf](http://www.ocula.it/files/OCULA-15-PEIRCE-Perez_[296,720Kb].pdf)
- HOUDÉ, O. (et al.) (2003). *Diccionario de ciencias cognitivas: neurociencia, psicología, inteligencia artificial, lingüística y filosofía*. Buenos Aires, Amorrortu.
- LACAN, J. (2007). *Escritos I*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- MAGARIÑOS DE MORENTIN, J. (2008). *La semiótica de los bordes. Apuntes de metodología semiótica*. Córdoba, Comunicarte.
- MANCUSO, H. R. (2010). *De lo decible. Entre semiótica y filosofía: Peirce, Gramsci, Wittgenstein*. Buenos Aires, SB.
- MORRIS, C. (2003). *Signos, lenguaje y conducta*. Buenos Aires, Losada.
- PEIRCE, C. S. (1965/1931). *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds.), Cambridge, MA, Harvard University Press.
- (1966). *The Charles S. Peirce Papers*. (edición en microfilm). Cambridge, MA, Harvard University library, Photographic Service.

— (1998). *The Essential Peirce: Selected Philosophical Writings*. Vol. 2, Houser, N. et al. (eds.), Bloomington, Indiana University Press.

— (2008). *El pragmatismo*. Madrid, Encuentro. Edición y traducción de Sara Barrena.

ROBIN, R. S. (1967). *Annotated Catalogue of the Papers of Charles S. Peirce*. Amesht, University of Massachusetts Press.

SHORT, T. (2007). *Peirce's Theory of Signs*. Cambridge, Cambridge University Press.

VAN DIJK, T. (2006). *Ideología, una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona, Gedisa.

VARELA, F. y MATURANA, H. (2003). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires, Lumen.

¹ Utilizo la manera habitual para citar los *Collected Papers (CP)* de Peirce, donde el primer número corresponde al volumen (5) y el segundo al número de párrafo (283).

² No voy a detenerme aquí en el pensamiento como hábito de acción o de establecimiento de creencias. Para un tratamiento detallado de la relación entre pensamiento, signo y acción puede consultarse Elizondo Martínez (2003)

³ La base de una red social es el encuentro. Pero las redes sociales a las que aquí me refiero tienen una característica particular: el encuentro se produce en el ciberespacio, y por lo tanto es virtual.

⁴ Magariños (2008: 406) retoma los términos “sucesor” y “ancestro” desde una perspectiva lógico-matemática, que nada tiene que ver con una posible relación evolucionista.

⁵ En este caso utilizo la normalización de Robin (1967) para referir a los manuscritos de Peirce conservados como microfilms, en donde MS es la abreviatura de manuscrito, y n.d (*no date*), sin fecha.

⁶ Peirce estaba lejos de un conductismo y criticó fuertemente el paradigma positivista. Sin embargo, y lamentablemente, fueron interpretaciones posteriores de su obra las que la pusieron en relación con esas perspectivas positivistas, como por ejemplo la de Morris (2003).

⁷ Estoy utilizando el formato estandarizado para referirme a *The Essential Peirce: Selected Philosophical Writings (EP)*. El primer número indica el volumen (2 en este caso) y el segundo indica el número de la página (pp. 59-60).